

El porvenir del pasado /

Carlos Mijares Bracho

Arquitecto. Profesor de la Facultad de Arquitectura, UNAM



Edificio de la Lotería Nacional (1933-39) Ing. José A. Cuevas. Antes y Ahora. Foto actual: Gustavo Carrasco

Salvo honrosas –y más bien recientes– excepciones, nuestro país manifiesta un escaso interés por reconocer, apreciar o mantener los valores arquitectónicos, no obstante ser ellos los que conforman la urdimbre, la trama y la memoria histórica de las ciudades en las que cotidianamente vivimos. Semejante situación es un claro síntoma de que la cultura arquitectónica en México se ha desvanecido y de que son otros intereses los que predominan y han contribuido a desvirtuarla.

La ignorancia o, lo que es tal vez peor, la indiferencia por los valores arquitectónicos afecta en forma profunda tanto a la condición humana misma, como a las estructuras comunitarias que hacen aceptable la vida en las grandes urbes contemporáneas. Sin duda, una parte importante de la vida individual y de las relaciones entre los miembros de una comunidad radica en la vigencia de sus recuerdos y en el conocimiento de las tradiciones que la han conformado. En síntesis: en la presencia de su pasado.

En el caso de la arquitectura que se produjo en nuestro país a fines del siglo XIX y a lo largo del XX, la situación se complica; en algunos casos, porque es obra que se estima demasiado nueva y todavía no ha pasado por el tradicional cedazo del tiempo, supuesto cómodamente por muchos como el mejor crítico y el supremo clasificador; en otros casos, porque los juicios que sobre ella se hacen tienden a estar condicionados por sus componentes político-sociales más que por los arquitectónicos: la obra que se construyó en la época porfiriana, por ejemplo, se ha desechado sistemáticamente considerándola elitista e importada. Durante un extenso período, el espíritu combativo característico del modernismo ignoró por principio todas las manifestaciones que no parecían atender a sus conceptos básicos, y sus ideólogos menospreciaron con insistencia desde las expresiones historicistas hasta las obras de Juan Segura o las iniciales de Mario Pani. Por añadidura, el control de las revistas de arquitectura, ejercido con frecuencia por grupos de espíritu un tanto clánico, ha provocado que las pugnas personales se trasladen al campo de la profesión, propiciando una imagen de vencedores y vencidos donde aquéllos hacen la buena arquitectura y éstos la mala.

La realidad es que la arquitectura realizada durante el siglo XX en México es rica, variada y vitalmente contradictoria, fiel reflejo de nuestro proceso histórico y plena de evocaciones, y de enseñanzas; a pesar de lo cual carece del reconocimiento y de la protección que merece. Es por ello urgente y necesario estructurar un sistema eficiente de protección de la arquitectura significativa del siglo XX en México.

En el proceso creativo se debe luchar por elegir entre un amplio repertorio de alternativas y posibilidades. La obra realizada es, en cambio, un concreto y específico muestrario de decisiones. Seleccionar, elegir, decidir o preferir algo, implica enfrentarse a diversas opciones y por ello a la necesidad de aceptar algunas y de rechazar otras. La historia nos muestra hechos y obras consumadas, pero al acercarse a éstas no conviene cancelar las indagaciones en torno a lo que desearon, ni pasar por alto la investigación de sus alternativas no exploradas.

El problema radica en recuperar la historia no sólo como una referencia del pasado sino como un estimulante actual para la creación futura. Las decisiones y los rechazos que en su momento condujeron a realizar la obra

Esquina de Av. Juárez y Reforma,
en los años cuarenta.
Foto: archivo Carlos Contreras



Aseguradora Anahuac (1957) de Juan Sordo Madaleno y Secretaría de Recursos Hidráulicos (1948), de Mario Pani y Enrique del Moral. Antes (arriba) y ahora (página siguiente).
Foto: Guillermo Zamora

de un modo específico, tienen que ver con las ideas, las creencias y las preferencias personales, generacionales, nacionales y culturales, tanto de los autores como de quienes las solicitaron y las hicieron posibles. Del mismo modo, el estudio y el aprecio por las obras en un momento histórico determinado está estrechamente relacionado con las ideas, las creencias, y las preferencias personales, generacionales, nacionales y culturales de los aficionados o de los estudiosos que se interesan por ellas.

Tanto las decisiones originales que generan la obra, como su posterior aprecio, se derivan de preferencias específicas, por lo que a lo largo del tiempo la evaluación de las obras históricas llega a presentar variaciones importantes y cambios generacionales en la manera de verlas, en el interés que despiertan y en la crítica que generan. Contra lo que a primera vista pudiera parecer, estas variaciones, que tienden a presentarse aún ante obras o autores clásicos —consagrados y reconocidos extensa e insistentemente en el curso de la historia— pueden resultar a la larga muy positivas, ya que las nuevas lecturas implican nuevos y enriquecedores enfoques.

Sin duda, es difícil acertar en el reconocimiento del valor y del significado real que tienen las obras creativas, en especial las más recientes. Intentarlo con seriedad requiere estudio, sensibilidad y experiencia, sólo así es posible pasar del gusto trivial hacia una sólida valoración crítica. Hay quien prefiere esperar, con la confianza de que será el tiempo el que se encargue de decantar las obras verdaderamente valiosas y, en consecuencia, de establecer la diferencia entre lo bueno y lo malo. Esta actitud elude, entre otras cosas, la responsabilidad de proteger, conocer y difundir las obras contemporáneas y, lo que resulta más grave: desdeña el placer de aprender y de enorgullecerse con ellas.

Virtudes perdidas y vicios persistentes

Es imprescindible lograr que no sólo los arquitectos sino también la comunidad recuperen el concepto —no por obvio menos importante— de que la obra arquitectónica se encuentra invariable e irremediabilmente adscrita a un lugar, y su natural consecuencia: que esa obra es tanto mejor cuanto más naturalmente logre dialogar con él, estableciendo así su pertenencia a ése y no a otro sitio, lo cual hace que éste también mejore con la presencia de aquélla.

A diferencia de otros productos artísticos, la arquitectura se encuentra expuesta en un lugar preciso y está condicionada por él en forma permanente, de ahí su importancia para generar el fenómeno urbano. Por ello, una relación desafortunada que no reconoce y resuelve el problema de la relación entre la obra y su contexto afecta a la ciudad misma. Es un error percibir las obras arquitectónicas como objetos aislados, independientes de su contexto, porque cuando se intenta protegerlas se tiende a convertirlas en intocables, a consagrarlas como piezas de museo y a congelarlas sin reme-



Esquina de Av. Juárez y Reforma, hoy.
Foto: Gustavo Carrasco

dio. No sólo es fundamental proteger las obras como tales sino también los contextos, los espacios y los ambientes urbanos. Si no se logra proteger la ciudad, cada uno de sus componentes acaba por degradarse.

A más de la ignorancia y la insensibilidad, ciertas obsesiones han contribuido al descuido y a la destrucción de nuestro patrimonio arquitectónico. Un caso grave es la preocupación por lo original y lo insólito, el propósito obsesivo de realizar algo excepcional y único como condición específica para lograr una arquitectura valiosa. Llevada esta idea al extremo —algo que está sucediendo cada vez con más frecuencia— propicia el caos urbano. Si cada uno de los edificios exige la notoriedad y la preeminencia, acaban todos por anularse en una inútil vociferación.

Otra obsesión bastante generalizada es la que insiste en buscar y encontrar lo verdaderamente nuestro; la que tiene la certeza de poder descubrir nuestra auténtica identidad cultural, de poder expresar en un lenguaje identificable e indiscutible lo que —al menos en teoría— hará evidentes las más profundas raíces de la patria; cuestionable actitud, que con frecuencia lleva al rechazo indiscriminado de todo aquello que sea —o que parezca ser— producto de influencias extranjeras.

En ocasiones el punto de partida es pretender aplicar fórmulas dogmáticas, ignorando que la creación es una conquista y no un resultado, que no hay principio alguno que garantice su calidad y que aceptar aquellos que se presume son depositarios de la verdad absoluta sólo es muestra de un criterio bastante elemental. Estos principios con facilidad conducen a posiciones drásticas y a juicios rígidos e impositivos.

Las legislaciones incompletas y fallidas; los recursos precarios; la falta de reconocimiento y de supervisión oportuna; las posturas conceptuales fundamentalistas; la indiferencia de la mayor parte del gremio; los criterios de control fundados en la penalización en lugar del estímulo; los complicados trámites burocráticos; todo esto más una larga serie de ineptitudes y de torpezas se encuentra detrás de nuestra caótica destrucción arquitectónica y urbana. La especialización reciente y un tanto obsesiva de los arquitectos y, en particular la grave desconexión entre esas disciplinas, también han contribuido a fragmentar el fenómeno arquitectónico como tal. Así, el arquitecto que trabaja con la intención de expresarse con valores contemporáneos considera frecuentemente que la arquitectura que se realizó en los siglos anteriores no es de su incumbencia; asimismo, algunos historicistas tienden a ver las obras que se producen en la actualidad con un leve desdén o incluso con manifiesto desprecio; el urbanista que piensa que sus problemas son diferentes a los del arquitecto paisajista; éste, que se siente ajeno a los del diseñador estructural y a los del restaurador de monumentos históricos; el experto en acústica que sólo atiende ciertos problemas relacionados con usos muy particulares, y el



Foto: Gustavo Carrasco

No sólo es fundamental proteger las obras como tales sino también los contextos, los espacios y los ambientes urbanos. Si no se logra proteger la ciudad, cada uno de sus componentes acaba por degradarse.



constructor que se concentra en lograr menores costos y plazos, pero ignora el tema de la calidad y el respeto por lo arquitectónico y considera que reflexionar sobre los problemas urbanos no cae dentro de su campo.

Es necesario restablecer la deseable colaboración y la integración natural entre los propios arquitectos especializados. También es fundamental hacer lo posible por recuperar las virtudes arquitectónicas y urbanas perdidas, y subrayo la idea de que se han perdido por el convencimiento de que alguna vez existieron, probablemente en momentos menos burocráticos y más sensibles, tal vez menos académicos pero más vitales, ¿cómo si no, se logró producir lo que hoy llamamos centros históricos?, ¿cómo podrían existir lugares como Pátzcuaro, Guanajuato, Oaxaca o Zacatecas, por mencionar apenas unos cuantos?, ¿porqué hoy los arquitectos nos sentimos orgullosos de esos sitios, pero la arquitectura que realizamos ha sido incapaz de hacer sus equivalentes?, ¿qué peculiares complejos hay detrás de nuestra desconfianza al creer que admirarlos implica el culpable deseo de su réplica literal?

Me parece claro que la mejor posibilidad radica en conocer y reconocer los valores que están presentes en nuestra historia arquitectónica. En proteger la memoria de los espacios y de los ambientes. En mantener las obras que han sido significativas para nuestras ciudades y nuestras tradiciones, por recientes que puedan parecer. En difundir amplia, sólida, eficaz y atractivamente sus valores para que se conserven vivos y sea posible aprender de ellos para lograr que los ciudadanos puedan gozar de una mejor calidad de vida. Conviene tener presente el pasado para transitar al futuro.

Unas cuantas preguntas y algunas propuestas

Pero es necesario preguntarse ¿qué es lo que conviene mantener o proteger del pasado? En el caso de que fuera posible, ¿será conveniente proteger todo? Si todo se protegiera, ¿qué margen quedaría para las realizaciones del pre-



Edificio Ermita (1930), de Juan Segura.
Antes (página anterior) y ahora.
Foto actual: Gustavo Carrasco

sente? Sólo que inevitablemente se presenta el problema paralelo: ¿qué desechar? ¿Habrá criterios sólidos y confiables para decidir qué, porqué, cuánto y cómo proteger el pasado? Y la duda ineludible ¿cómo, qué y cuánto es posible aprender de él, como para que valga la pena protegerlo?

¿Cómo mantener bien y mantener vivo lo que en su momento fue notoriamente significativo; lo que con el tiempo se ha hecho reconocible como significativo; lo que se considera lo característicamente cotidiano, o aquello que inicialmente fue ignorado y que, con el paso del tiempo, puede resultar sorprendente?

En la práctica, la protección de obras, objetos, escritos, entre otros, establece la necesidad de tomar graves decisiones que implican preferir ciertas cosas a costa de ignorar otras. Si las preferencias que conducen a las decisiones no son producto de juicios serenos de personas conocedoras del tema, será muy probable que se confundan esas preferencias con las ocurrencias irrelevantes o los intrascendentes gustos personales. Y cuando esta confusión se presenta, las decisiones acaban por ser casi siempre equivocadas.

Por otra parte, ¿cómo proteger las obras para que tenga sentido su permanencia y su coexistencia con realizaciones posteriores? Sería deseable hacerlo atendiendo a la diversidad y a la complejidad de sus valores, de modo que el interés que susciten y las lecciones que de ellas puedan emanar, sean múltiples. De esta manera, se puede prever que la atención hacia ellas no se concentre necesariamente en un grupo de expertos.

Es necesario cuidar el uso al que se destinen las obras protegidas, ya que en muchos casos es probable que no persista el original, pero será muy conveniente que ese cuidado no pretenda ser demasiado literal para no provocar lo que finalmente conduciría hacia un anquilosamiento anacrónico que en muy poco las beneficia. Resultará conveniente y estimulante lograr la integración de un espíritu respetuoso con una actitud profundamente imaginativa.



A la izquierda, edificio que se construye en lugar del Hotel del Prado, hoy desaparecido (a la derecha). Fotos: Gustavo Carrasco, Carlos Mijares

Preocuparse por el porvenir del pasado es tal vez la mejor manera de lograr un presente digno.

En todo caso, es saludable prever que cualquier tipo de valoración que se decida estará sujeta a cambios de enfoque por el transcurso mismo del devenir histórico, y si bien estos cambios son, por lo común, enriquecedores, también pueden conducir a rechazos más o menos drásticos y, en algunos casos, duraderos.

La pluralidad de los valores a considerar en la selección propiciará la multiplicidad de intereses y promoverá su continuidad. También es previsible que así podrán aparecer con mayor naturalidad las bases que permitan el diálogo entre las obras del pasado, del presente y del futuro.

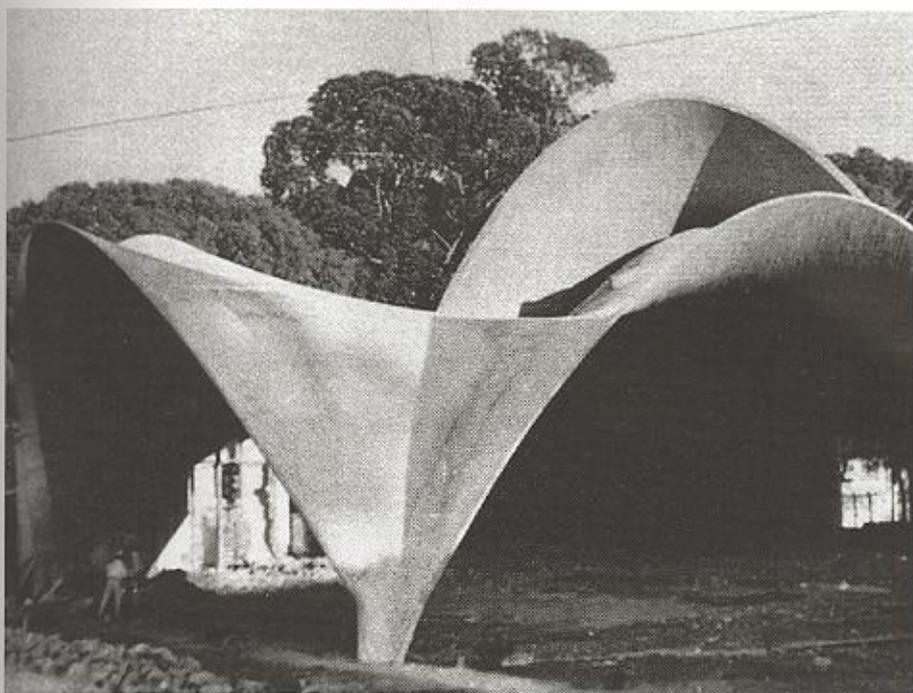
¿Por qué la protección se ha centrado en las obras ceremoniales? ¿Qué razones provoca el que no se haya manifestado mayor aprecio por muchos notables espacios urbanos —calles, rinconadas, paseos, plazas,— casi siempre conformados por una arquitectura cotidiana sin mayor espectacularidad pero con un gran valor como generadora del espacio? ¿Por qué no se han protegido las manifestaciones de arquitectura popular si muchas de ellas, además de sus valores estéticos y tradicionales, son muestras valiosas de un prodigioso ingenio tecnológico? ¿Por qué, salvo unas cuantas obras, la arquitectura realizada en México en el siglo XX, carece, en la práctica, de protección?

Muy poco queda, por ejemplo, de la muchas veces magnífica y siempre interesante arquitectura de las haciendas. Sólo unos cuantos son hoy capaces de distinguir, entre los restos, cuáles fueron mineras, cuales ganaderas, cuáles agrícolas, o de reconocer las similitudes y las diferencias entre los esquemas particulares de las pulqueras, las henequeneras o las azucareras, por ejemplo.

Casi nada se mantiene de la arquitectura que alojó la primera industria del país: las fábricas de hilados y tejidos o las de papel, por mencionar sólo las más conocidas, se han atendido parcialmente. Pero ¿qué ha pasado con las fábricas de armas, las estaciones y los talleres ferrocarrileros, los de fundición y tantas otras? ¿Qué ha quedado de los espacios que las alojaron, muchos de ellos magníficos? ¿Dónde está la maquinaria, los equipos y el instrumental que utilizaban? ¿Qué ha pasado con el —a veces espléndido— mobiliario de sus oficinas?

¿Qué resta de la abundante arquitectura de principios del siglo; de las manifestaciones —algunas muy notables— del art nouveau; de las numerosas e interesantes del art déco, o de algunas muestras delirantes del expresionismo, del nacionalismo y del regionalismo?

¿Cuántas obras de Juan Segura se han destruido, alterado o descuidado gravemente? Lo mismo puede preguntarse respecto a la producción de Juan Legarreta, de Juan O'Gorman, de José Villagrán, de Jorge Rubio, de Francisco Serrano, de Carlos Obregón Santacilia o de Mario Pani, por no alargar una lista que deberá incluir varias docenas de arquitectos profundamente significativos para nuestra cultura, y varios centenares de obras magníficas merecedoras de mayor atención, aprecio y protección.



Jesús Martí y Félix Candela: cascarón del restaurante y auditorio del Hotel Casino de la Selva, Cuernavaca, Morelos. 1959. Demolido recientemente.

En nuestro medio no es excepcional saber de arquitectos importantes que en vida han visto demoler o alterar sin su consentimiento un porcentaje importante de su obra. Y si alguien, en un intento de justificación, recordara el hecho de que esto sucede en muchas partes del mundo, no sería razón válida para que siga sucediendo aquí, o en cualquier otra parte.

Por éstas, y por otras muchas razones, resulta imprescindible estructurar un sistema de selección, documentación, catalogación y evaluación crítica que detecte y reconozca las obras, los contextos urbanos, los ambientes espaciales y los componentes arquitectónicos más significativos del siglo XX en México. Para la mayoría de la población actual fue el siglo en el que nacimos y vivimos; nosotros lo construimos, nosotros transformamos sus ciudades, nosotros hemos contribuido también a destruirlas. Es nuestra responsabilidad recuperar, mantener y proteger sus valores.

La selección deberá realizarse a través de comités regionales, tanto para que la propuesta provenga de grupos capacitados y conocedores del medio, como para garantizar que se incluyan las obras importantes que se han realizado en todo el país. Siempre que sea posible, las obras se documentarán incluyendo antecedentes del proyecto, datos sobre el o los autores, sobre los clientes que la solicitaron y los usuarios que la han habitado. Sería también deseable que la selección se hiciera por décadas, tratando así de no excluir obras que tradicionalmente han sido marginadas, y de reconocer otras que a la fecha no han sido detectadas.

Parece recomendable lograr que la protección se lleve a cabo insistiendo más en los estímulos (académicos, honorarios, profesionales, fiscales, de crédito,) que en las prohibiciones y las penalizaciones, como es habitual. De esta manera será más viable promover y facilitar que los propietarios y los usuarios se interesen y puedan mantener las obras en buen estado.

Convendrá organizar métodos eficientes de control que periódicamente verifiquen la condición de las obras y otorguen asesorías profesionales para resolver los problemas que eventualmente puedan presentarse; así como proyectar y realizar las modificaciones o los cambios que con el tiempo fueran necesarios, de acuerdo con el autor, mientras viva, o por concurso si ya hubiera fallecido.

Un sistema que propicie una amplia y adecuada difusión de sus valores. Que los dé a conocer, comenzando por la propia calle, el barrio y el vecindario en el que se encuentren las obras, llegando hasta el municipio, el estado, el país, e incluso abarcando el ámbito internacional. Que promueva el interés y la investigación en torno a las obras y a los espacios históricos, para así asegurar una selección adecuada, una presencia constante y una enriquecedora aportación a la vida de los ciudadanos. Preocuparse por el porvenir del pasado es tal vez la mejor manera de lograr un presente digno. ☉



Casa Juan O' Gorman, hoy desaparecida.